

Crónica Literaria

684300

Por ALONE

"NECESIDAD DE COMPAÑÍA", por J. S. González Vera (Nacimiento, 1968). Como se ha dicho alguna vez, las primeras frases de un libro, novela, cuento, ensayo, tienen a menudo un valor de clave: dan la pauta, fijan el tono, plantean el tema y su desarrollo.

El hecho puede observarse con particular relieve en la narración que da su título a esta "Necesidad de compañía", recientemente publicado por González Vera.

Júntase allí, en pocas líneas, no sólo las cualidades que veremos en el relato mismo, una de las pocas que integran el volumen, sino muchas virtudes propias del estilo de González Vera, las que determinan su carácter y señalan entre los escritores su fisonomía personal.

Leamos:

"Estoy tan sola. Mi marido no se ocupa de mí. Mentira si dijera que es malo, qué va a serlo, si es un pan. Se lo pasa en el piano. Apenas amorhece, come y parte a tocar. Usted sabe que está en una orquesta y lo consideran mucho. Suele estar dormida cuando regresa y entonces quiere contarme cómo lo ha ido. "¡Déjame dormir, por favor!", le digo".

Como Cuvier prometía reconstruir un animal con un pelo hueso que le mostraran, este trozo permite formarse una idea bastante aproximada del estilo, es decir, del "ambiente mismo" que es el escritor.

Nada de enfasis. La sencillez misma, naturalidad perfecta. Un realismo transparente. Estando con el exceso, bastante para explicar los reproches que suelen hacersele desde las líneas avanzadas, proclives al exceso, aficionadas a la complicación, pero amigas de tanta claridad.

Se oye la voz de la mujer, se siente el dramático muro que la separa de su esposo. Casi no necesitamos más para comprender esa "necesidad de compañía" que la aflige.

Fuera de la claridad, la sencillez, el acento natural y llano, González Vera posee en grado insigne el don de síntesis, la capacidad de expresar mucho en un mínimo de espacio: siempre hay en él algo de "corregido y disminuido", un despojo constante de lo superfluo, tanto como de lo estragoso o retumbante. Es su marca de fábrica.

También se descubre en este pasaje la eliminación del sentimentalismo, tan patente en el resto de su obra que, juzgándolo superficialmente, muchos la han creído superficial. "Es un tiempo", dicen. Ignoran que la extrema sensibilidad, por su naturaleza vulnerable, refugia en la apariencia impenetrable y busca no la expresión terminante y directa, sino el sendero desviado de la alusión y la semantización defensiva.

No hallarán por eso lo que persiguen quienes, tras ese título, aguardaban una historia patética o un análisis romántico de la soledad interior.

Sin embargo, el cuento se presta para esas alusiones. Incluye su final celoso con el pensamiento de Rousseau, padre y maestro del romanticismo. Según la experiencia que él tuvo con Mme. de Warrens, la felicidad es una empresa

tan ardua que, para conquistarla, no bastan dos: se necesitan, por lo menos, tres.

Es ahí donde concluyen la mujer quejosa y, también, el marido cuando ella lo abandona. Su drama era la imposibilidad de dialogar. El mal de la época. Ella hablaba; él no respondía. Y viceversa. Ninguno lograba satisfacer su necesidad de verse acompañado, de obtener un eco y ser objeto de observación, requisito indispensable, dice el existencialismo, para sentirse cada cual existente.

El "ménage à trois" soluciona el problema. ¡Oh! sin demasiada tragedia. Un buen día, un polaco joven, vigoroso y resuelto, le invita, la toma, se la lleva, no sin alguna resistencia, porque, después de todo, la esposa amaba al esposo. Ya sabemos que lo creía bueno como el pan. ¡Sólo esa falta de diálogo! Ahora dialogará. Pero también él se siente solo y sufre la "necesidad de compañía". ¿Cómo arreglar las cosas? Pues de la más simple manera: reemplazando el dos por el tres.

"Es evidente que mi conducta —pensó el músico— se aparta de las normas comunes y aun de las más particulares que todo individuo elabora para no perderse en los caminos del mundo; pero, desde la profundidad de su ser, lo urgente era la compañía..." "...al ser abandonado por su mujer, comprendió que ésta lo protegía con sólo caminar por las habitaciones, con su canturreo". Este canturreo lo sabía a cántico.

Que otro también lo oyera, ¿qué importaba?

Asimismo cabría señalar en el pequeño trozo significativo que copiamos otra de las características de González Vera: la importancia de los detalles, el acierto de notaciones menudas, finas y maliciosas, cargadas de intención, muy superiores al conjunto mismo, que suele sufrir debilidades y causa cierta perplejidad.

El procedimiento, al tal se le llama, aunque viene de su naturaleza íntima y es la entraña de su temperamento, deriva hacia una especie de agudo puntillismo, compuesto de chispas ligeras, intermitentes, apenas ligadas entre sí.

Eso culmina en las páginas finales del libro, el relato o crónica de una indefinida navegación donde los personajes abundan y hablan mucho, un poco al modo de "Los premios", de Cortázar, un Cortázar en pódoras comprimidas, flotantes, desconcertantes.

Allí casi no salimos del rasgo minucioso e inmediato y lo que menos se vale lo que el título promete: mar y cielo.

Ensuéñe, en cambio, una excelente sátira de las ilusiones literarias y los consiguientes desengaños de las letras la historia de "libro póstumo", la obra que debía conmover al mundo, según los admiradores y herederos del fallecido, y que les plantea después el problema de cómo deshacerse de esas montañas de ejemplares levementes, cuyas páginas cubren las paredes, se alzan en los rincones, como al suelo con cualquier temblor y es preciso ir olvidándolos subre-

ptivamente en los tranvías o dejarlos abandonados en cualquier mesón para que alguno se digne robárselos. Acaso, entonces, los abra y los lea.

Hay por ahí alguna flecha contra los críticos, entre ellos uno al que conviene llamar "Eustre"; porque es lunático y, si está de malos, no escribe nada, que será debidamente recogida. Dardo, por otra parte, sin veneno; porque González Vera tiene el aguijón benigno.

Y con esto casi se completa la lista de sus vicios y sus virtudes, no se sabe cuál de ellos más amable y todos, seguramente, necesarios en la composición de un fisonomía simpática, maliciosa y cordial.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Necesidad de compañía [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile